

“Entre reflexividad, legitimación y performatividad.

El discurso económico en la instauración y la crisis de la convertibilidad”*

Mariana Heredia*[□]

En numerosos países de América latina, África, Asia y Europa del Este, las reformas económicas recientes han coincidido con una creciente participación de economistas profesionales en la toma directa de decisiones. La Argentina no es una excepción: Juan Vital Sourrouille (ministro durante el período 1985-1989), Domingo Cavallo (1991-1996 y 2001) y Roque Fernández (1996-1999) carecían de filiaciones partidarias consolidadas pero contaban con credenciales académicas que justificaron su acceso a la dirección del Ministerio de Economía. No se trató de designaciones puntuales ni de gestiones ordinarias. Muy por el contrario, estos ministros controlaron varias de las agencias estatales involucradas en el diseño y la aplicación de las políticas públicas y propiciaron, desde ellas, profundas transformaciones.¹

El acceso de estos economistas a puestos claves del gobierno nacional despertó tempranamente la atención de observadores y analistas. Estas primeras indagaciones contribuyeron a subrayar el carácter planetario del fenómeno, es decir la fuerte correspondencia

* Publicado en *Crítica en desarrollo*, nro. 2, segundo semestre 2008, pp. 191-214. Este artículo constituye una versión corregida de la ponencia presentada a la I Jornada de Economía Política, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2007. La autora desea expresar su agradecimiento a Gastón Beltrán, Alexander Roig y a un evaluador anónimo por sus comentarios a versiones preliminares de este trabajo.

* Doctora en sociología de l'EHESP/París, investigadora asistente de CONICET y docente de la UBA y del IDAES-UNSAM. Para comunicarse con la autora, heredia.mar@gmail.com.

¹ En la Argentina, este proceso ha sido objeto de numerosos estudios. Algunos se han centrado en períodos específicos (Camou, 1998; Neiburg, 2006; Plotkin, 2005 y Roig, 2007), otros en algunos actores asociados al discurso económico, usualmente identificados como *think tanks* (Neiburg y Plotkin, 2004 y Ramírez, 2005), otros, al fin, en ciertos aspectos de la evolución de las ciencias económicas locales (Fernández López, 2001 y Suárez, 1973). Nuestra tesis constituye un esfuerzo de integración de los diversos actores y procesos que se encuentran en la intersección entre la ciencia (económica) y la política en la Argentina en el último cuarto del siglo XX, cf. Heredia (2007).

entre las reformas asociadas con la globalización, la tecnocratización de los elencos gubernamentales y la conformación de redes transnacionales de discusión y elaboración de políticas públicas. En estas redes, los economistas nombrados al frente de los ministerios nacionales y los bancos centrales habrían jugado un rol central.²

No obstante sus contribuciones, estos estudios tendieron a proponer una definición reduccionista de elite en la medida en que circunscribieron el análisis a una de las dimensiones del proceso: el avance de los economistas sobre las dirigencias gubernamentales y las prácticas involucradas en el ejercicio del poder político. Como consecuencia de este recorte, prestaron menos atención a la otra dimensión de estas tendencias: el hecho de que los expertos en economía³ formaran parte de una comunidad científico-técnica más amplia, altamente comprometida con la orientación de las opiniones públicas y la estructuración de ciertas prácticas colectivas.⁴

En efecto, las competencias de los economistas no sólo se revelaron un canal privilegiado para acceder al poder político sin detentar filiaciones ni experiencias partidarias fuertes. Durante varios años, estas competencias fueron también un requisito para participar con autoridad de las discusiones relacionadas con el estado de la economía y las líneas de acción a emprender por los gobiernos y los agentes económicos involucrados. La intervención de los economistas en el

² Según Babbs (2001: 19), la aplicación de reformas de liberalización económica, la tecnocratización de las elites gubernamentales y la americanización de las ciencias económicas son fenómenos convergentes que se constatan en contextos nacionales tan diversos como Indonesia, Colombia, Corea, Perú, Turquía, Brasil, Pakistán, México, Filipinas, Chile y Costa Rica. Podemos agregar a esta lista la mayoría de los países de la ex-Unión soviética. Sobre los economistas en América latina, podemos citar a Centeno (1994), Loureiro (1997) y Valdés (1989). En lo que respecta a los países del este europeo, merecen mencionarse: Bockman y Eyal (2002) y Chmatko (2002).

³ Definimos como expertos en economía a aquellos especialistas que participaron en la elaboración de interpretaciones sobre la economía nacional, la difusión y la defensa de estas ideas, la construcción, la discusión y la aplicación de dispositivos institucionales, movilizando legitimidades, saberes o procedimientos científicos, cf. Trepos (1996).

⁴ El artículo de Neiburg (2005) constituye una excepción. Este autor se refiere a un período anterior (los años 1980) y se detiene más en las continuidades entre narrativas nacionales y diagnósticos científicos que en las consecuencias novedosas de la confluencia entre política y ciencia en la estructuración de los discursos públicos y especializados

espacio público coincidió además con la consolidación de un discurso económico escindido de otras problemáticas y enunciado desde una posición que se presentaba como ideológica y moralmente neutra.

Desplazarnos en el análisis de “la” política a “lo” político,⁵ del gobierno y la administración al espacio público, nos permite alcanzar un doble objetivo. Por un lado, permite indagar el ascenso de ciertos grupos a posiciones de poder y prestigio, ocupadas anteriormente por actores con atributos diferentes. Por otro lado, permite explorar los efectos de la creciente intersección entre ciencia y política tanto en la constitución de los discursos especializados (en este caso, el de las ciencias económicas), como en la definición de los sujetos interpelados por estas representaciones en la estructuración de prácticas e identidades y en la sustentación diversas modalidades de ejercicio del poder.

En términos generales, la participación de especialistas en la identificación de los problemas colectivos, en la discusión y la elaboración de soluciones para resolverlos ha merecido juicios contradictorios. Algunos autores postulan que esta intervención contribuye a enriquecer el debate público: las *descripciones científicas* permitirían democratizar un conocimiento preciso sobre la realidad, contribuyendo a la *reflexividad* colectiva y a la toma de mejores decisiones. Otros autores denuncian que los expertos usurpan una posición que no les corresponde, tergiversando los términos del debate: las *ideologías* transmitidas por los expertos travestirían enunciados de valor en enunciados de hecho, permitiendo la *legitimación* de los intereses dominantes. Frente al carácter contradictorio e irreconciliable de estas dos perspectivas, algunos analistas subrayan, al fin, que

⁵ La distinción entre la política y lo político hunde sus raíces en los análisis de Hanna Arendt y en las corrientes contemporáneas de la filosofía política francesa. Lefort (1986), postula que lo político se expresa a través de tres niveles indisociables. La “puesta en forma de la coexistencia social” tiene por vocación, a través de instituciones, normas y reglas, la gestión de la pluralidad y la integración en una relativa coherencia de los distintos miembros de la sociedad. La “puesta en escena de la coexistencia social” vuelve visible, mediante ceremonias, rituales y mitos, los principios que fundan el orden social. “La puesta en sentido de la coexistencia social” permite al fin distinguir lo justo de lo injusto, lo legítimo de lo ilegítimo, lo verdadero de lo falso. El espacio público y en particular los medios de comunicación constituyen un terreno privilegiado para la reproducción y la producción de lo político.

los discursos económicos han adquirido un estatuto particular: las ciencias económicas no sólo describen o legitiman ciertas realidades, contribuyen, de manera determinante, a *modelar* y *coordinar* ciertas prácticas y decisiones (Callon, 1998: 1). Los discursos económicos acompañan, refuerzan o debilitan, aquellos dispositivos socio-técnicos basados en tres principios: la separación entre las personas y las cosas, la centralidad de los agentes individuales y la subestimación de la distribución diferencial de los equipamientos y capacidades de cálculo (Callon, 2006).

Como se deduce de lo anterior, la pretensión de verdad que funda el discurso económico no puede permanecer ajena a la oposición entre estas apreciaciones. Desde la primera perspectiva, suele afirmarse que la ciencia económica puede reivindicar, en sus intervenciones públicas, una posición *objetiva* y *verdadera*. Desde la segunda perspectiva, se acusa a los economistas “neoliberales” de expresar los intereses de quienes los han formado y financiado; estos grupos detentan por tanto una posición *parcial* y *falaz*. Aunque la tercera perspectiva comparte con la segunda su voluntad crítica, no lo hace a partir del análisis de las condiciones de producción de los saberes científicos sino del estudio de sus usos, sus condiciones de validación y sus formas de articulación con ciertas modalidades de gobierno. Desde este enfoque, la posición de los especialistas y la definición de verdad no pueden ser las mismas en circunstancias en las que se desdibuja toda distinción entre ciencia y política.

Fundado en más de cincuenta entrevistas realizadas entre 2002 y 2004 a economistas argentinos de distintas edades, orientaciones y ocupaciones, un extenso material de archivo y de prensa, este artículo estudia el ascenso del discurso económico en el espacio público y la dilución de las distinciones entre ciencia y política, se concentra luego en las polémicas-controversias (o la ausencia de las mismas) en 1991 y 2001 y propone una reflexión sobre el carácter descriptivo, normativo y performativo de la “democratización” de este discurso especializado.

De las polémicas públicas a las controversias entre especialistas

Sabemos que la identificación de los problemas que atañen a la comunidad y la búsqueda de soluciones para resolverlos dependen en gran medida de las perspectivas, los conflictos y las discusiones que se expresan en el espacio público. Podemos clasificar estas ágoras según la naturaleza de las temáticas tratadas, los participantes involucrados y las pruebas empleadas para dirimir los enfrentamientos. Siguiendo este principio, Chateauraynaud y Torny (1999:74-75) proponen distinguir las *polémicas* de las *controversias*. Las primeras, conducidas por actores diversos que confrontan valores, juicios e intereses, expresados en los medios de comunicación, permiten la movilización de distintas representaciones colectivas. Las segundas, con una participación protagónica de científicos, que intercambian conclusiones en congresos y publicaciones especializadas, oponen teorías y pruebas en vistas a comprobar o refutar hipótesis.

Esta distinción resulta pertinente para el período que precede los años 1970 en la Argentina, al menos en lo que respecta a los debates económicos. Ciertamente, aunque la expansión del Estado regulador y empresario constituye un rasgo característico de la política pública argentina entre 1930 y 1976, este período no se corresponde –como en otras sociedades occidentales- con un ciclo de estabilidad política e institucional.⁶ Una de las razones de esta inestabilidad ha de buscarse en los desacuerdos sobre la orientación socio-económica a privilegiar tras el agotamiento del modelo agroexportador. En este sentido, los sesgos autoritarios del régimen político no ahogaron las disputas socio-económicas que se libraron en el espacio público. Por el contrario, las mismas presentaban una pluralidad de interpretaciones y merecían una atención central en la prensa.

⁶ Al primer golpe de Estado de 1930, le sucedió una administración elitista resultante del fraude electoral (1932-1943), un nuevo golpe de Estado luego la victoria electoral del peronismo. Luego del derrocamiento de Perón varios gobiernos civiles y militares débiles se sucedieron y la mayoría de ellos se mantuvieron en el poder por breves períodos.

Lejos de constituirse en esfera aséptica, reservada a especialistas, la economía nacional era considerada por entonces un elemento constitutivo del “proyecto de país” y era objeto de polémicas virulentas. Entre 1930 y 1975, tres marcos ideológicos tendían a estructurar estos debates: el liberalismo, el peronismo y el desarrollismo.⁷ Estos marcos ideológicos presentaban la particularidad de articular experiencias socioeconómicas, categorías sociales, concepciones políticas y proyectos de país opuestos entre sí. Compartían además el reconocimiento de la centralidad del Estado-nación y de la existencia de grupos sociales diferenciados dentro de la sociedad. A grandes rasgos y a pesar de los matices internos de cada corriente, puede concluirse que mientras los liberales buscaban restablecer un modelo sustentado en las exportaciones agrícolas y una intervención mínima del Estado; los peronistas alentaban una expansión del mercado interno que configurara un capitalismo nacional con distribución progresiva de los ingresos; los desarrollistas, al fin, aspiraban a profundizar la industrialización y la modernización gracias a la planificación estatal y las inversiones extranjeras directas. También esquemáticamente, puede afirmarse que los liberales contaban con el apoyo de los grandes propietarios, el peronismo con la adhesión de los sectores populares y los desarrollistas con la simpatía de las capas medias y superiores más modernizadoras.

La vehemencia de las polémicas en torno de la economía no implicaba una visibilidad particular de los economistas y esto, en gran medida, porque los pocos especialistas que tomaban públicamente la palabra lo hacían siempre en nombre de los marcos ideológicos aludidos. El perfil de los polemistas era diverso: políticos, militares, sindicalistas, empresarios, eclesiásticos se sentían autorizados a opinar e indicar el rumbo a seguir. En este contexto, si los liberales buscaban erigirse en únicos representantes de una administración “científica” o “racional” se

⁷ La importancia de estas perspectivas ha sido señalada por varios autores, entre ellos: Altamirano (2001), Sidicaro (1993) y Sikkink (1991). Estos términos (así como el de ortodoxo y heterodoxo) serán definidos aquí *pragmáticamente*, es decir, en función del modo en que los portavoces de estas posiciones se definieron a sí mismos y fueron definidos por sus adversarios.

oponían a la resistencia de ciertos especialistas que, a partir de posiciones diferentes, desmitificaban sus pretensiones de realismo.⁸

De este modo, a pesar del cercenamiento de ciertos principios del régimen democrático, las polémicas socio-económicas de la época eran *públicas* en la triple acepción del término identificada por Rabotnikof (1997: 16-20). En primer lugar, las posiciones contrapuestas se presentaban como expresión del *interés general* –de las dificultades y aspiraciones de la comunidad. En segundo lugar, eran *visibles* –difundidas por los medios de comunicación. Por último, eran *accesibles* –no sólo comprensibles por un ciudadano medianamente instruido sino también abiertas a la intervención (en el plano de los discursos y de la acción colectiva) de un número variado de participantes.

Aunque menos desarrolladas y ciertamente poco visibles para un lector de los diarios nacionales, las controversias atravesaban también, hacia los años 1960 y 1970, el novel espacio científico-técnico de los economistas. En la medida en que expertos de diversas orientaciones pertenecían a las mismas instituciones (las universidades y agencias públicas o el Instituto Di Tella),⁹ publicaban en las mismas revistas (en particular *Desarrollo Económico*)¹⁰ y se congregaban en las mismas instancias profesionales (la reunión anual de la Asociación Argentina de Economía

⁸ A título de ejemplo, Aldo Ferrer (1979) alertaba sobre la ingenuidad de “creer que los tecnócratas existen. Con las experiencias que el país tiene de las incursiones de los economistas neoclásicos en la conducción económica queda suficientemente demostrado que aún los economistas más ‘científicos’ son ideólogos furibundos y, afortunadamente, políticos de poco éxito y sin futuro”.

⁹ En la medida en que la Universidad de Buenos Aires y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas otorgaron un lugar marginal a la investigación en economía, fueron el Consejo Nacional de Desarrollo y el Consejo Federal de Inversiones las entidades públicas que concentraron mayor cantidad de economistas. En el primero, convivieron especialistas que asumirían posiciones bien diferentes. Aunque en términos generales, el Instituto di Tella pudo ser asociado durante sus primeros años a una orientación desarrollista (Neiburg y Plotkin, 2004: 62), supo congregarse en su seno a especialistas que se identificaron con visiones opuestas.

¹⁰ Esta publicación suele asociarse con una orientación desarrollista. No obstante, hasta los ochenta, puede observarse tanto la participación de autores adscritos a visiones distintas como una alta frecuencia de debates en torno de los artículos publicados.

Política, AAEP, o la más selecta Academia Nacional de Ciencias Económicas), existían posibilidades para un diálogo pluralista.

La diferenciación entre polémicas y controversias se tornó más difusa a partir de los años 1970 hasta resultar prácticamente inaplicable durante la última década del siglo XX. En lo que respecta a la prensa, la economía y los economistas fueron conquistando singular atención. En efecto, si bien *El Cronista Comercial* existía desde 1908, hacia mediados de los años 1970, pasó a centrarse en la economía como principal temática. Progresivamente fueron creadas las primeras revistas de negocios (*Mercado* en 1969 y *Prensa Económica* en 1975). A ellas se sumó otra iniciativa editorial, el diario *Ámbito financiero* (fundado en 1977). La especialización alcanzó también a los matutinos nacionales: a partir de los años 1970, se empezaron a sectorizar los contenidos, distinguiendo con claridad las secciones políticas de las económicas. La televisión no permaneció ajena a este movimiento: a partir de los años 1980, los noticieros incorporaron especialistas con el fin de analizar la evolución de la inflación, el tipo de cambio y la tasa de interés.¹¹

La atención de los medios fue bien acogida por muchos de los miembros de la disciplina al tiempo que se segmentaban las instancias científicas de intercambio y validación. Por un lado, economistas con altas calificaciones académicas se comprometieron activamente en la prensa y desplazaron progresivamente a los portavoces de los marcos ideológicos mencionados. Un estudio sistemático de los matutinos nacionales permite a Camou (2005) concluir que las intervenciones de los economistas se triplicaron entre 1985 y 2005 y que los consultores con formación de posgrado en el extranjero fueron reemplazando a los economistas de partido y a los representantes de organizaciones diversas de la sociedad civil. Por otro lado, datos objetivos y percepciones generalizadas dan cuenta del debilitamiento de los espacios plurales de intercambio

¹¹ La Argentina no atravesaba sola esta transformación mediática: según Arrese (2002), la crisis de los años 1970 estimuló el desarrollo del periodismo especializado en economía.

entre los especialistas argentinos. En primer lugar, la filiación teórico-ideológica tendió a corresponderse cada vez más con la pertenencia institucional y la trayectoria de los economistas.¹² En segundo lugar, los espacios que podían alentar discusiones no aseguraron, frente a la consolidación planetaria de las corrientes neoclásicas, la representación de las perspectivas más críticas. Por último, la especialización creciente y el interés por la producción académica ubicada “en la frontera” del conocimiento llevaron a las jóvenes generaciones a eludir toda mención a los clásicos de la economía argentina o a sus contemporáneos locales. No es entonces sorprendente que la mayoría de los economistas concluyera que, en los últimos años, el mejor registro para seguir las controversias entre economistas es la prensa nacional. Esto, tanto por la ausencia de espacios específicos de discusión especializada¹³ cuanto por la vertiginosidad de los hechos que han jalonado la historia reciente.¹⁴

Ahora bien, los medios de comunicación no han constituido un reflejo fiel de la diversidad de enfoques existente dentro de las ciencias económicas locales. Merece destacarse la afinidad entre estas formas de intervención especializada y el ascenso de las perspectivas neoclásicas. En su estudio sobre la academia norteamericana, Dezalay y Garth (2002: 139) detallan los esfuerzos desplegados por los monetaristas en la prensa, el partido republicano y los agentes de Wall Street tendientes a contrabalancear la posición de relativa marginalidad que

¹² Los heterodoxos se asociaron a ciertos centros de investigación, a ciertas universidades y a ciertas publicaciones nacionales o regionales, los ortodoxos se congregaron en otros centros, en otras instituciones educativas, publicando en sus cuadernos de trabajo o en revistas anglosajonas. Mientras la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Centro de Estudios sobre la Sociedad y el Estado (CEDES), el departamento de economía de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) tienden a asociarse a la muy diversa heterodoxia, la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA) y la Fundación Mediterránea tienden a asociarse con la ortodoxia.

¹³ Merece, sin embargo, mencionarse la singularidad de las jornadas organizadas por la UBA en 1996 y 1998, que presentan un pluralismo inédito. Estas jornadas no lograron repetirse más tarde. Las reuniones anuales de la AAEP y del Banco Central de 1999-2001 dan cuenta, en cambio, de la homogeneidad teórico-ideológica que caracterizaba por entonces a la disciplina.

¹⁴ Como ha apuntado Neiburg (2006), la transformación de los economistas en intelectuales públicos es indisoluble de la difusión de ciertos indicadores cuantitativos del “estado de la sociedad”. Estas tecnologías de medición y la inestabilidad reflejada por ellas aceleraron la percepción del tiempo.

detentaban en el mundo universitario de los años 1970. Hacia mediados de la década siguiente, ésta fue también la estrategia escogida por varios economistas latinoamericanos. En la Argentina, al tiempo que la última dictadura emprendía una nueva purga de las universidades nacionales y perseguía a las voces críticas, se sentaban las bases de la influencia pública y política de un nuevo liberalismo tecnocrático (Heredia, 2004). En efecto, varios de los jóvenes que volvieron al país tras culminar sus estudios en el extranjero consideraron necesario consolidar su reputación entre empresarios, políticos y periodistas. No les resultaba únicamente un medio para sostenerse financieramente frente a las oportunidades escuetas y las magras remuneraciones otorgadas a universitarios y científicos. Se trataba además, según sus propios testimonios, de librar eficazmente una “batalla ideológica” (sic) contra el “populismo económico” en el que englobaban a sus rivales teóricos e ideológicos.

La superposición entre polémicas y controversias supone que los enfrentamientos entre economistas y la información especializada se tornan más visibles para un público más amplio. Ahora bien, ¿de qué manera interpelan estos discursos a los sujetos que los leen y cómo pretenden contribuir a la realización del bien común? Al participar tan activamente en el espacio público, ¿qué hacen exactamente los economistas?: ¿describen y democratizan conocimientos?, ¿legitiman intereses dominantes?, ¿estructuran y orientan conductas? De responder a estas preguntas se trata, a través del análisis de la instauración y la crisis de la convertibilidad.

Las discusiones de los inicios: sobre la convertibilidad cuando todavía no era modelo

Contrariamente a lo que suele argumentarse, ni la convertibilidad fue apoyada inicialmente por todos los actores dominantes del período, ni formaba parte integral y coherente del plan de reformas implementado desde inicios del mandato presidencial de Carlos Menem. Basta señalar que si bien los actores internacionales y el empresariado habían reclamado selectivamente las reformas estructurales, la radicalidad de las mismas no había logrado, hacia

1991, morigerar los altos índices de inflación. Si las privatizaciones, la desregulación y la apertura comercial y financiera eran apoyadas de manera selectiva, la posibilidad de establecer una paridad cambiaria fija contaba, en cambio, con la desaprobación del FMI y de gran parte del empresariado local. Retrospectivamente el “éxito” de la convertibilidad puede parecer una evidencia; los discursos que acompañaron su lanzamiento nos recuerdan que, en ese momento álgido, la paridad debió imponerse laboriosamente frente a visiones críticas que dudaban de su capacidad estabilizadora o anticipaban algunas de sus futuras deficiencias.

Es sabido que cupo a un grupo de expertos en economía la responsabilidad de elaborar y promover la adopción de la medida. Tras la sucesión de tres ministros en dos años, Cavallo ocupó la cartera económica, acompañado por un vasto equipo originario de la Fundación Mediterránea (Ramírez, 2007). Conjuntamente con Juan José Llach y Horacio Liendo (h), el nuevo ministro terminó de dar forma a una iniciativa que había rechazado hasta la fecha: el anclaje fijo entre la moneda local y el dólar.

¿Tuvieron ocasión los argentinos de conocer algunas de las implicancias de esta medida y sus posibles efectos para el bienestar general? La experiencia inflacionaria conspiraba doblemente contra el desarrollo de las polémicas públicas tal y como se habían conocido en décadas anteriores. Por un lado, el incremento descontrolado de los precios erosionaba los sistemas de identificación (las experiencias sociales y los marcos ideológicos) a los que hemos aludido. Frente al flagelo inflacionario, numerosas prácticas se veían comprometidas y resultaba difícil permanecer ajeno a la escalada de los precios y circunscribir el problema a un sector social particular. Por otro lado, la inflación también instituía nuevas modalidades de atribución de sentido. No sólo desplazaba la atención pública de la producción a la distribución y circulación de mercaderías, el individualismo indiferenciado de las teorías neoclásicas resultaba asimismo más verosímil y se combinaba, según Sigal y Kessler (1996), con una narrativa que culpaba a la

sociedad argentina, en su conjunto, del caos inflacionario. No obstante estos efectos sociopolíticos de la experiencia inflacionaria, dos ágoras permiten analizar los debates que acompañaron el lanzamiento de la convertibilidad¹⁵: el Congreso¹⁶ y la prensa.

Para la oposición parlamentaria, la mayor dificultad reposaba justamente en precisar qué se estaba discutiendo. Mientras el ministro Cavallo buscaba concentrar las reflexiones sobre los aspectos técnicos de su propuesta, los legisladores opositores insistían en asociarla con una ideología particular, el liberalismo, con la que identificaban al ministro. Pero la posibilidad misma de discutir parecía vacua: montada en la urgencia de la hora, la iniciativa de Cavallo buscaba investirse de legitimidad política sin someterse a las modalidades y los plazos que imponían las instituciones republicanas. Contra este repliegue en la razón técnica, varios legisladores reivindicaban los acuerdos negociados entre los diversos sectores de la sociedad. Quedaba en evidencia, para partidarios y detractores, que la convertibilidad reforzaba el programa de liberalización ya lanzado y que constituía un cerrojo para la acción estatal. Los opositores acusaban al gobierno de erosionar aún más la soberanía nacional y de poner en riesgo el trabajo de los argentinos. De este modo, los legisladores se hacían eco de la preocupación de numerosos actores que se manifestaban para resistir la medida.

Un elemento de interés merece señalarse: mientras numerosos legisladores y representantes sectoriales reivindicaban los ideales e intereses de una sociedad orientada hacia la industrialización y coordinada por la intervención activa del Estado, los diarios de la época dan

¹⁵ Algunas consideraciones especializadas sobre las políticas antiinflacionarias pueden hallarse en las Jornadas de Economía Monetaria y Sector Externo organizadas por el Banco Central en 1989, 1990 y 1991 así como en las ponencias de la AAEP. No hay registro de las discusiones que pudieron haber tenido lugar.

¹⁶ A diferencia del Plan Austral, la convertibilidad fue sometida al juicio parlamentario. El proyecto fue discutido en el Senado el 22 y 23 de marzo y en la Cámara de Diputados, el 26 y 27 del mismo mes. Merece destacarse que el gobierno no tomaba mayores riesgos al enviar la iniciativa al Congreso. El peronismo contaba con la mayoría relativa en las dos cámaras. Un acuerdo con los partidos provinciales le permitió obtener el quórum en el Senado. Las negociaciones con el radicalismo le habilitaron el quórum en Diputados, aún cuando este partido votó en contra.

cuenta de una notable ausencia de los expertos y dirigentes de orientación intervencionista. Las declaraciones del líder del desarrollismo, Rogelio Frigerio, un hombre anciano y aislado, no eran registradas más que por *Clarín*, y este diario, otrora asociado a su tendencia, le acordaba un espacio marginal. Como en otras oportunidades, Frigerio afirmaba que “una moneda sana no puede sostenerse sin creación de riqueza” y que el anclaje de la moneda local a la divisa americana provocaría “recesión y desempleo” (en *Clarín*, 24/3/91:6).

Si los discursos de retórica técnica reemplazaban a otros de retórica gremial, ¿dónde estaban los economistas heterodoxos que habían acompañado al presidente radical Raúl Alfonsín en los años 1980 y que habían intentado evitar la sobrevaluación de la moneda local y la radicalidad de las reformas reclamadas por los ortodoxos? Las críticas de estos grupos a la política económica de la última dictadura militar eran de actualidad en la medida en que podía servir para alertar sobre los efectos de una moneda local sobrevaluada en un mercado interno abierto a la competencia internacional. Más recientemente, los discursos con que habían justificado su actuación en oposición a los reclamos ortodoxos habían ganado también cierta atención en los medios. No obstante, la crisis fiscal y los condicionamientos internacionales los habían llevado a adoptar primero una política antiinflacionaria de *shock* y a proponer, más tarde, ciertas reformas estructurales. Aunque moderado, el viraje heterodoxo había contribuido a dotar, a ambas estrategias, de un realismo (científico) del que habían carecido hasta entonces (Heredía, 2006). El fracaso del Austral no solo había sumido a estos grupos en una profunda perplejidad, sus responsabilidades políticas los habían desprestigiado también ante la opinión pública.

De este modo, las críticas especializadas que se escucharon en la época no provinieron tanto de economistas heterodoxos como de los grupos asociados con una posición aún más ortodoxa que la del gobierno. Carlos Rodríguez (identificado con el monetarismo de Chicago) desarrolló un minucioso análisis en el que alertaba sobre las “puertitas de emergencia” de la

convertibilidad (*Ámbito financiero*, 22/3/91:7 y 26/4/91:1). Según este economista del CEMA, la ley incluía ciertas “trampas” que permitirían al gobierno incrementar la deuda pública. De hecho, algunos miembros de la bancada de la Unión del Centro Democrático (UCEDE, una formación de derecha liberal) decidieron votar contra la convertibilidad porque no garantizaba una genuina disciplina fiscal. Para los críticos más ortodoxos, la promesa del gobierno habría de tener “efectos más psicológicos que reales” (*Ámbito financiero*, 25/3/91:1).

En estos “efectos psicológicos”, asociados a la confianza pública, se concentraba el interés de las autoridades económicas. En términos estrictos, es difícil asociar la tentativa oficial a una estrategia clásica de persuasión o legitimación. Por un lado, frente a los tecnicismos detallados por Cavallo, los defensores de la convertibilidad no reclamaban un convencimiento fundado sino un acto de fe. Muchos ciudadanos y legisladores no comprendían la dinámica del dispositivo propuesto y delegaban en el ministro la elaboración de una solución salvadora.¹⁷ Por otro lado, la convertibilidad no era presentada como una panacea sino como un recurso doloroso y extremo, al que debían sacrificarse intereses e ideales en pos de la estabilización. La conquista y la preservación de la confianza bien podían ir en contra de la popularidad de la acción gubernamental: la severidad del programa se transformaba en su principal virtud.

De manera coincidente, las intervenciones de los expertos (funcionarios y analistas de coyuntura) estaban menos orientadas a nutrir la reflexividad colectiva o a exaltar las bondades de la libertad y la autonomía individual, que a informar las conductas de quienes influían y participaban en la dinámica del mercado cambiario y financiero. Por un lado, las imágenes de la prensa presentaban a Cavallo como un torero, un mago, un jugador de rugby, un jinete

¹⁷ Los diarios de la época presentaban la intervención de Cavallo en el Parlamento como “Un curso de economía en el Senado” (*Clarín*, 22/3/91:14) y algunos legisladores como la senadora Malharro de Torres reconocía con pudor que no entendía lo que venía de explicar el Ministro y que se preguntaba simplemente si lo que decía era “bueno o malo para el país”. Según la respuesta del senador Trilla, “es la pregunta que se formulan 30 millones de argentinos” (*DSCS*, 22-23/3/91: 5831-5832).

intentando dominar a un caballo salvaje. En todos los casos, la estabilización del dispositivo diseñado y la consolidación de un nuevo orden requerían que el ministro se enfrentara solo contra fuerzas impersonales y sus armas para doblegarlas eran la osadía, la perseverancia y la creatividad. Por otro lado, en la difusión y la interpretación de los datos disponibles se cifraba la tarea de gran parte de los economistas que hicieron por entonces carrera en los grandes medios. Numerosos expertos se habían fortalecido como intérpretes de los datos que guiaban la especulación, contribuyendo a desarrollar un nuevo género discursivo que, lejos de corresponderse con la retórica de los marcos ideológicos de posguerra, se parecía más bien a una “pedagogía económica”.

Este compromiso de los especialistas en los medios tornaba problemática la naturaleza “pública” de las polémicas socioeconómicas del período precedente. En efecto, más allá de cualquier referencia al largo plazo o al bien común, estos intérpretes trataban de orientar a “consumidores” e “inversores” para que registraran las menores pérdidas o sacaran el mayor provecho de las circunstancias experimentadas. Se trataba por tanto de instruir la racionalidad, fundar el cálculo, de los sujetos implicados. Éstos, aún cuando experimentaran un profundo descontento, no se suponían capaces de actuar más que en una arena —la de la fijación de los precios, la cotización de la moneda, las operaciones financieras— que no era, por cierto, igualmente accesibles a todos los miembros de la sociedad.

La palabra y el pánico: El silencio del final

Ninguna conversión ideológica masiva precede el lanzamiento de la convertibilidad; su capacidad para detener la inflación y aquietar la espiral especulativa fue, no obstante, una prueba pronto celebrada por gran parte de los actores de la vida nacional. A la transformación de las conductas “económicas” —el cese de la indexación, la estabilización cambiaria y la prolongación de los depósitos bancarios—, se correspondieron más tarde, las manifestaciones “políticas”: las

corporaciones afirmaron su apoyo a la línea del gobierno, el FMI manifestó su confianza y los votantes se inclinaron mayoritariamente por el partido oficial en las elecciones legislativas y presidenciales de la primera mitad de los años 1990. Poco a poco, los defensores y los detractores de las reformas acordaron en la existencia de un “modelo” en el cual las reformas y la convertibilidad se articulaban como pilares de una nueva organización social.

Frente a los marcos ideológicos de posguerra que se oponían los unos a los otros articulando las dimensiones políticas, sociales y económicas de la noción de “proyecto de país”, las críticas formuladas al “modelo” durante los años 1990 parecían reproducir una particular *compartimentalización* de la realidad. Mientras los defensores del gobierno subrayaban que la Argentina había “entrado al primer mundo”, sus detractores denunciaban la “latinoamericanización” de la estructura social. Contra quienes enfatizaban el grado de gobernabilidad alcanzado por el régimen, los críticos indicaban el avasallamiento de las instituciones republicanas. Al fin, ante la euforia consumista y las exigencias de mayor austeridad fiscal, algunos observadores y analistas alertaban sobre la vulnerabilidad de la paridad cambiaria.

En este último punto, una aclaración se impone. Incluso cuando los economistas de la corriente dominante hayan sido asimilados a “intelectuales orgánicos del modelo”, sus discursos distaban de ser laudatorios o complacientes. En tanto guardianes de la confianza pública en la moneda, numerosos economistas manifestaban la necesidad imperiosa de profundizar el ajuste de las cuentas públicas. En efecto, si el control de la emisión parecía garantizado, el superávit fiscal no fue alcanzado más que transitoriamente. La paridad entre el peso y el dólar convivió varios años con déficit presupuestario y déficit comercial. Frente a cada crisis, los economistas mediáticos alzaron su voz para reclamar la racionalización y el recorte del gasto. Los sucesivos equipos económicos hicieron suyo este diagnóstico, aun cuando reconocieran las dificultades para actuar de manera consistente con el mismo.

Identificar otras interpretaciones sobre la realidad económica argentina resulta, en las fuentes de los años 1990, una tarea casi detectivesca. Las entrevistas revelaron un notable predominio de las perspectivas neoclásicas y un apoyo masivo a la política económica implementada durante los años 1990.¹⁸ Esta composición interna del universo de los economistas se expresaba, de manera aún más extrema, en la prensa. No se trata solo de que quienes tomaban públicamente la palabra detentaran diagnósticos afines a los del gobierno o críticos en el sentido ya aludido, los medios habían terminado por asociar economista a economista ortodoxo (Blois, 2005).

Por el lado de la oposición especializada, la heterogeneidad era notable y la visibilidad insignificante. Para los economistas más críticos, que se habían opuesto al ministro Sourrouille, el desafío era impedir la despolitización de la economía. Una parte de ellos encontró en la revista *Realidad Económica* un espacio de encuentro. Allí, análisis técnicos y declaraciones gremiales parecían convivir sin mayores conflictos. Otros autores, próximos al peronismo y al desarrollismo, intentaron publicar interpretaciones críticas en revistas de corto tiraje, vida errática y poco reconocimiento profesional. Para quienes se habían acercado al radicalismo, la crítica se desenvolvía en espacios más técnico-académicos: la revista *Desarrollo Económico*, las publicaciones de la CEPAL, algunos foros internacionales que alentaban cierto debate.

Según los documentos publicados en la década,¹⁹ algunas conclusiones parecían comunes a todos los economistas contrarios al modelo. Frente a la importancia central que los ortodoxos concedían a la austeridad, los críticos subrayaban una doble vulnerabilidad: la dependencia de la

¹⁸ Estos datos coinciden con los de una encuesta realizada entre los asistentes a la reunión anual de la AAEP de 2002. A unos meses de las elecciones presidenciales, un periódico local consultó a los economistas participantes sobre sus preferencias. La mayoría se inclinaba por Ricardo López Murphy y en segundo lugar por Carlos Menem, dos figuras asociadas al modelo económico de los años 1990 (*La Gaceta*, 15/11/02: 9).

¹⁹ Entre ellos, los artículos incluidos en Bustos (1995), Curia (1999), Fanelli y Frenkel (1997).

economía local a las fluctuaciones del mercado internacional y la asociación entre la paridad cambiaria y la consolidación de una sociedad fundada en la exclusión.

Hacia fines de los noventa, una oportunidad se abrió para que los políticos y economistas desplazados volvieran al centro de la escena. Tras una década de dominación peronista y de predominio de las visiones ortodoxas, una cierta apertura crítica parecía imaginable en el ocaso del menemismo y la campaña electoral de 1999. Ciertamente, para la mayor parte de los economistas seguía siendo imperativo restringir el gasto público y flexibilizar el mercado de trabajo. Las posiciones de Cavallo y Fernández revelaban, no obstante, que la profundización del ajuste se había revelado problemática. La gran pregunta era entonces cómo se posicionarían los miembros de la Alianza y los especialistas convocados frente a la paridad. Sobre todo, porque varios políticos y especialistas de la coalición se habían pronunciado ya, explícitamente, contra el “modelo económico” y contra la paridad en particular.

Las publicaciones periodísticas pueden servirnos de fuentes documentales en la medida en que incentivaron la controversia entre expertos de diversa filiación. Se trata de la revista *Temas para pensar desde el sur* (1998) - coordinada por Daniel Muchnik y dedicada a reflexionar sobre la convertibilidad - y de un número especial de la revista *Mercado* (1999) - destinada a evaluar “la década de Menem” en vísperas de una nueva elección presidencial. Una particularidad merece ser destacada: mientras que la intención de la primera era evaluar el “modelo económico” y de la segunda, juzgar una década del país, sólo los expertos, los empresarios y los periodistas estaban autorizados a tomar la palabra. Los políticos y otros analistas y representantes de la sociedad civil quedaban igualmente excluidos.

Un primer interrogante remite a si la convertibilidad era o no considerada en ese momento como un problema para los expertos. ¿Se creía, en 1999, que la convertibilidad era un sistema sólido, que no necesitaba ajustes ni requería una eventual salida? Ciertamente, no. La

paridad cambiaria era percibida, desde el principio y de manera generalizada como una política monetaria vulnerable a las fluctuaciones externas.

Podría decirse entonces que los análisis sobre la dolarización constituyeron una reflexión sobre una eventual salida de la convertibilidad en un contexto que se le había tornado hostil. Sea como fuere, el otro término del debate, la devaluación, estuvo ausente de las opciones que se discutieron públicamente. Sólo una alternativa aparece evocada: la dolarización total de la economía o una valorización de la moneda local por encima del dólar (Cavallo, López Murphy y Solanet en *Temas*, 1998: 19, 31 y 44). La palabra devaluación prácticamente no era mencionada ni en estos documentos ni en las Jornadas de Economía Monetaria e Internacional organizadas en la Universidad de La Plata (en 1999 y 2000). Esta situación es particularmente significativa en la medida en que, para muchos, la devaluación no era sólo una posibilidad sino también una amenaza.

Hay que reconocer que algunos economistas sostuvieron, a lo largo de la década, la necesidad de abandonar la paridad por un tipo de cambio más competitivo. Expertos y periodistas señalaron los mismos nombres: Eduardo Conesa, Eduardo Curia, Roberto Frenkel y Héctor Valle. Se trata de los mismos que evocaron esta posibilidad (aunque con eufemismos) en la revista *Temas*. Nada quita que una mirada panorámica revela la marginalidad de estas voces en el campo profesional y periodístico: apenas 4 de las 18 intervenciones de *Temas* atacaban frontalmente a la convertibilidad.

Un análisis de los centros y las universidades más prósperas de la década da cuenta de la creciente marginalidad de los economistas críticos que se correspondió además con un particular relevo generacional. La redistribución de recursos y prestigio fue tan significativa que mientras las nuevas instituciones atraían y premiaban a los jóvenes diplomados en el exterior e identificados

con las corrientes dominantes, los centros y las casas de estudio más críticas no podían retener a sus graduados más brillantes.

Sin embargo, un elemento crucial no debe ser olvidado. Hacia 1998-1999, los defensores de la paridad no se contaban ya exclusivamente entre los “neoliberales”. Aún criticando sus implicaciones más regresivas, Jorge Remes Lenicov (cercano a Eduardo Duhalde) o Roberto Lavagna (de orientación industrialista), recomendaban, en *Temas*, sostener la paridad. ¿A qué se debía este nuevo “consenso” entre los heterodoxos? Según nos apuntaron muchos de ellos, a que ni los políticos, ni los periodistas, ni la sociedad querían escuchar la palabra “devaluación”. Ahora bien, si este hubiese sido el problema, nada impedía a los especialistas evocar esta opción en foros reservados. Los testimonios recogidos coinciden al señalar que las discusiones fueron mínimas y de carácter privado.²⁰ Los análisis periodísticos de la época identificaban el mismo silencio. Mientras el consultor Todesca (*Mercado*, 1998: 3) se refería a un “pacto de silencio entre los economistas”, Canitrot (*Temas*, 1999: 35), uno de los heterodoxos más prestigiosos, afirmaba que: “El dilema de fondo: ¿continuar con la convertibilidad o salirse de ella? Es el tema tabú que está en la cabeza de todos pero del cual no se habla”. En este contexto, quienes acompañaron al Presidente de la Rúa en 1999 creyeron posible atenuar las falencias de la paridad con medidas keynesianas que evitarían su abandono.

Pero si esta primera esperanza puede explicar el silencio o la marginalidad de las perspectivas más críticas, ¿qué ocurrió, cuando a principios del 2001, esta opción se reveló insuficiente? ¿Se elevaron entonces voces autorizadas contraponiendo a la dolarización una recomposición controlada del tipo de cambio? Tampoco. Las dificultades del gobierno de la Alianza no hicieron más que reforzar, en el espacio público, la insistencia de los dolarizadores (Freytes, 2004) y la cautela de los críticos. ¿Obedecía esta falta de opciones a la impopularidad de

²⁰ Roig (2006: 126) observa la misma discreción.

todo intento devaluacionista? Es lo que manifiestan muchos observadores y protagonistas. Sin embargo, frente a las opciones barajadas en el período, las proposiciones que buscaban preservar la convertibilidad difícilmente puedan caracterizarse como populares. También era tarea ingrata convencer a los argentinos, ya golpeados por la recesión, de apoyar un nuevo ajuste en la educación y la salud, en las jubilaciones, las ayudas sociales, los fondos destinados a las provincias más pobres.

Concedamos que la marginalización de los economistas críticos, la popularidad del régimen cambiario y la reticencia de los actores sociales y políticos pueden contribuir a explicar la ausencia de una discusión sobre la salida de la convertibilidad. Merece, no obstante, subrayarse la autocensura que pesaba sobre los economistas que, de todos modos, disintían con este régimen. Algunos imputan este silencio a los “intereses profesionales”: criticar públicamente la paridad equivalía a atentar contra la propia reputación y, en consecuencia, contra eventuales oportunidades laborales. Sin embargo, incluso quienes se sentían protegidos de este riesgo prefirieron callar. Varios economistas críticos manifestaron haber eludido toda declaración pública sobre una eventual devaluación de la moneda. Un economista dijo haberse “escapado” de un periodista que quería registrar este tipo de declaración. Otro, cercano a los industriales, afirmó que “ciertas cosas no se podían decir en público, sobre todo la cuestión de la devaluación”.

Estas experiencias dan cuenta de una de las armas más potentes de quienes intentaban preservar la paridad. No casualmente, toda reflexión crítica era denostada como “irresponsable”. En efecto, la convertibilidad ya no era un mero discurso sino una ley que, al instituir el valor de la moneda, fundaba todas las relaciones mercantiles en la Argentina. Como lo señalaron más tarde Galliani, Heymann y Tommasi (2002: 4), la opción de las autoridades argentinas frente a los problemas de credibilidad fue siempre incrementar la apuesta, aumentar los costos de una eventual salida, agudizar el dilema “todo o nada”, tanto para el Estado como para los actores

privados. En la medida en que los discursos económicos podían provocar profecías autorrealizadas, cuestionar la paridad se había tornado un acto subversivo que ponía en riesgo los fundamentos mismos del orden, que alentaba la “quiebra de todos los contratos”. Ya hacia fines de la década, un comentarista extranjero se había atrevido a calificar de “peligrosas” las conclusiones de dos argentinos que alertaban sobre las “inconsistencias” de la paridad cambiaria. Su argumento era que muchas personas podían inquietarse y actuar en consecuencia. Durante 2001, en una situación de alta volatilidad financiera, las declaraciones de especialistas y autoridades eran asimiladas a “señales” que calmaban o crispaban la espiral especulativa.

A modo de conclusión

Rosanvallon (1999) ha contribuido a subrayar que el liberalismo supone dos modalidades distintas de integración de las partes a la totalidad: el contrato y el mercado. El primero hace converger voluntades a través de un proceso negociación y elección conciente. Una vez alcanzado el acuerdo que instituye el orden, los particulares deben someterse a él, respetando el interés general. El mercado supone, en cambio, que la sociedad responde a un orden pre-político, como la naturaleza, en el cual los “vicios privados” se integran para alcanzar “beneficios públicos”. En el primer caso, hay opciones diversas, relaciones de poder, acuerdos provisorios. En el segundo, fuerzas inmanentes que deben ser liberadas y coordinadas para alcanzar el equilibrio.

El problema de este artículo ha sido el lugar del discurso económico y en particular del elaborado por especialistas en la institución y la reproducción del orden social. El análisis histórico de la prensa muestra un progresivo pasaje de las polémicas públicas a las controversias especializadas y de éstas a una confluencia teórico-ideológica entre legos y profanos. Aunque los marcos ideológicos de postguerra permitieron *describir* y *legitimar* representaciones e intereses diferentes, no lograron asentar acuerdos perdurables. Como en los orígenes de la modernidad

estudiados por el autor francés, el automatismo del mercado pareció una respuesta para conjurar la ingobernabilidad y fundar un poder de coordinación “a distancia”, asentado en los intereses y la autonomía individual.

El pasaje aludido no implica así solo un recambio en los participantes sino una nueva forma de enunciación e interpelación por parte de los discursos públicos que se corresponde con una forma particular de ejercicio del poder. El “efecto psicológico” buscado por las autoridades en 1991 pareció confirmar la eficacia de esta modalidad de gobierno, homologable a la de un experimento científico. Frente a los estímulos introducidos en la sociedad-laboratorio, las fuerzas desatadas se fueron alineando del modo esperado. Ahora bien, cuando en 2001, el dispositivo reveló sus vulnerabilidades, la insistencia de las “señales” discursivas “positivas” y el silenciamiento de las “negativas” no alcanzaron para conjurar la crisis. Tampoco fueron eficaces las iniciativas técnicas que dejaron el voluntarismo ministerial al desnudo. Tras siete ajustes presupuestarios, la propuesta de establecer una canasta de monedas, la declaración del déficit cero, la instauración del corralito bancario, la autorización de los bonos provinciales, los sujetos “económicos” restaron su confianza al modelo más allá de cuál fuera juicio que el mismo les mereciera. Fue solo después que los sujetos “políticos” ganaron las calles, recobrando tal vez otro estatuto para los discursos públicos.

Desde una perspectiva crítica, la desnaturalización de lo público que ha acompañado el ascenso de los economistas de las corrientes dominantes no reposa únicamente en la invocación de una autoridad científica que excluye a otros posibles participantes del debate y niega los fundamentos filosóficos (la duda radical) de la ciencia moderna. La instauración y en particular la crisis de la convertibilidad ilustran también lo que Knorr Cetina y Preda (2001) han dado en llamar la “epistemologización” de las transacciones económicas. Estos autores subrayan que, en ciertos casos, los conocimientos no pueden ser considerados como exteriores a los

acontecimientos. Las transacciones económicas están, ellas mismas, penetradas y transformadas por prácticas epistemológicas puesto que “reposan en procesos y sistemas de análisis con los que se relacionan estrechamente” (*idem*: 30). Si la confianza pública reposa exclusivamente en cálculos instrumentales y consiste, como subraya Simmel (1999: 355-356), en una hipótesis sobre la conducta futura, “sobre un estado intermedio entre el saber y el no saber”, los diagnósticos de los economistas no son ajenos al experimento sino que están fuertemente condicionados por éste.

Los riesgos que amenazan a las sociedades contemporáneas se inscriben así en la construcción científica y política del orden social: la ciencia es tanto la causa (parcial) como el medio de definición y la fuente potencial de solución de estos riesgos. Y esto no sólo porque las autoridades públicas tienden a fundar sus decisiones en conocimientos científicos y en propuestas técnicas sino porque la reflexión de quienes componen estas sociedades reposa cada vez menos sobre orientaciones tradicionales y marcos ideológicos claramente delimitados y más sobre la apropiación de conocimientos producidos por científicos (Beck, 2001: 341). Giddens (1994: 112) alerta entonces sobre las paradojas de esta apropiación: “El conocimiento experto, y la acumulación de este tipo de conocimientos, se supone que proporcionan cada vez mayor certeza sobre cómo es el mundo. Sin embargo, la condición misma de esta certeza...es la duda”.

Los componentes descriptivos, normativos y preformativos del discurso económico en los albores y el ocaso de la convertibilidad demuestran que las condiciones que aseguran la diversidad de aproximaciones y la confrontación sistemática entre ellas no son un lujo frente a problemas urgentes, tampoco una cuestión que compete exclusivamente a los especialistas. Las mismas constituyen, en cambio, un pilar fundamental de la vida en democracia.

Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, Carlos. 2001. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel Historia.
- ARRESE, A.ngel. 2002. *Prensa económica: De la Lloyd's list al wsj.com*. Pamplona: EUNSA.
- AUSTIN, John. 1998. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.

- BABBS, Sarah. 2001. *Managing Mexico*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- BECK, Ulrich. 2001. *La société du risque*. París: Aubier.
- BLOIS, Pedro. 2005. “Crisis de la convertibilidad e impugnaciones al modelo: las críticas a los economistas en la Argentina (1999-2003)”, *Segundas Jornadas de Historia e Integración Cultural del Cono Sur*, Concepción de Uruguay.
- BOCKMAN, Johann y EYAL, Gil. 2002. “Eastern Europe as a laboratory for economic knowledge: the transnational roots of neoliberalism”. *American Journal of sociology*, n° 108, pp. 310-352.
- CALLON, Michel. 1998. “Introduction: The embeddedness of economic markets in economics”. In: CALLON, Michel (ed.): *The laws of markets*. Oxford: Blackwell, pp. 1-57.
- CALLON, Michel. 2006. “What does it mean to say that economics is performative?”, *Papiers de Recherche du CSI*, n° 5.
- CAMOU, Antonio. 1998. “Saber técnico y política en los orígenes del menemismo”, *Perfiles latinoamericanos*, vol. 7, n° 12, pp. 85-107.
- CAMOU, Antonio. 2005. “¿Un toque de atención o una tribuna de doctrina? Expertos económicos y políticas económicas en la Argentina a través de la prensa especializada (1985-2001)”, *Jornadas Los actores del poder en la Argentina*, Universidad de San Andrés.
- CENTENO, Miguel Angel. 1994. *Democracy within reason*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- CHATEAURAYNAUD, Francis y TORNAY, Didier. 1999. *Les sombres précurseurs*. París: EHESS.
- CHMATKO, Natalia. 2002. “Les économistes russes entre orthodoxie marxiste et radicalisme libéral”, *Genèses. Sciences sociales et histoire*, n° 47, pp. 123-139.
- DEZALAY, Yves y GARTH, Bryant. 2002. *La mondialisation des guerres de palais*. París: Seuil.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, Manuel. 2001. “El pensamiento económico”. In *Nueva historia de los Argentinos*, Buenos Aires: Planeta, Tomo VIII, pp.499-523.
- FREYTES, Carlos. 2004. “Intelectuales y comunicación política: las rearticulaciones defensivas del consenso neoliberal en el ocaso de la Convertibilidad”, *II Congreso Nacional de Sociología*, Buenos Aires.
- GIDDENS, Anthony. 1994. “Vivir en una sociedad postradicional”. In BECK, Ulrich;
- GIDDENS, Anthony y LASH, Scout. *Modernización reflexiva*. Madrid: Alianza.

- HEREDIA, Mariana. 2004. "El Proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático : FIEL, FM y CEMA". In PUCCIARELLI, Alfredo (coord.). *Empresarios, tecnócratas y militares*. Buenos Aires : Siglo XXI, pp. 311-382.
- HEREDIA, Mariana. 2006. "La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín". In PUCCIARELLI, Alfredo (comp.) *Los años de Alfonsín*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- HEREDIA, Mariana. 2007. *Les métamorphoses de la représentation. Les économistes et le politique en Argentine (1975-2001)*. Tesis de doctorado, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- KNORR CETINA, Karin y PREDÁ, Axel. 2001. "The epistemization of economic transactions", *Current sociology*, vol. 49, n° 4, pp. 27-44.
- Lefort, Claude. 1986. *Essais sur le politique: XIX^e-XX^e siècles*. París: Seuil.
- LOUREIRO, Maria Rita. 1997. *Os economistas no governo*. Rio de Janeiro: Fundação Getulio Vargas.
- NEIBURG, Federico y PLOTKIN, Mariano. 2004. "Internationalisation et développement. Les 'Di Tella' et la nouvelle économie en Argentine", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 151-152, pp. 57-67.
- NEIBURG, Federico. 2005. "Inflación y crisis nacional. Culturas económicas y espacios públicos en Argentina y Brasil", *Anuario de estudios americanos*, n° 62, vol. 1, pp. 113-138.
- RABOTNIKOF, Nora. 1997. *El espacio público y la democracia moderna*. México: IEF.
- RAMÍREZ, Hernán. 2007. *Corporaciones en el poder. Institutos y acción política en Brasil y Argentina. IPÉS, FIEL y Fundación Mediterránea*, Buenos Aires: Lenguaje Claro Editora.
- ROIG, Alexander. 2006. "Tan solo confiar. El conocimiento entre política y economía". In NEFFA, Julio y CORDONE, Héctor (comps.) *Escenarios de salida de la crisis y estrategias de desarrollo para Argentina*. Buenos Aires: CEIL-PIETTE.
- ROSANVALLON, Pierre. 1999. *Le capitalisme utopique*. París: Seuil.
- SIDICARO, Ricardo. 1993. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SIGAL, Silvia y KESSLER, Gabriel. 1996-1997. "Comportements et représentations face a la dislocation des régulations sociales : L'hyperinflation en Argentine", *Cultures et conflits*, n° 24-25, pp. 35-72.
- SIKKINK, Katherin. 1991. *Ideas and institutions. Developmentalism in Brazil and Argentina*. Ithaca/Londres: Cornell University Press.
- SIMMEL, Georg. 1999. *Sociologie : étude sur les formes de socialisation*. París: PUF.

SUAREZ, Francisco. 1973. *Los economistas argentinos*. Buenos Aires: EUDEBA.

TREPOS, Jean-Yves. 1996. *La sociologie de l'expertise*. Paris: PUF.

VALDÉS, Juan Gabriel. 1989. *La escuela de Chicago: operación Chile*. Buenos Aires: Editorial Zeta.

Fuentes mencionadas

BUSTOS, Pablo (comp.). 1995. *Más allá de la estabilidad*. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.

CURIA, Eduardo. 1999. *La trampa de la convertibilidad*. Buenos Aires: Ediciones de Autor.

FANELLI, José María y FRENKEL, Roberto. 1997. "The Argentine experience with Stabilization and Structural Reform". Buenos Aires, Universidad de Palermo/ CEDES.

FERRER, Aldo. 1979. "Crisis y alternativas de la política económica argentina. Una respuesta", *Desarrollo Económico* vol. 19, n° 73, pp. 125-135.

GALLIANI, Sebastián; HEYMANN, Daniel y TOMMASI, Mariano. 2002. "Missed expectations. The Argentina Convertibility", *William Davidson Working paper*, n° 515.